

Capítulo 1

Era una tarde agradable de domingo y, aunque todavía en mayo, el calor del verano que se avecinaba empezaba a despuntar. Como casi todos los domingos sobre las siete yo ya estaba listo para ir a tomar unos vinos a El Carpio. Aquellas salidas me sabían muy bien, quizás porque eran el único ocio que tenía en la semana.

Trabajaba todo el día, de lunes a sábado, como ya algo más que aprendiz en el único taller mecánico que había en Bujalance y alrededores y en el que se arreglaban, más con pericia que con piezas, tan escasas como caras, todo tipo de artilugios con motor. Mi semana laboral la finalizaba el domingo con mi hermano Antonio en la pescadería de la familia, para así dar un leve descanso a nuestros padres, cansados por el día a día y agotados de una vida que, aunque todavía no muy larga, era dura y con algunos episodios lacerantes.

Al menos los domingos, aunque solía ser cerca de las cinco de la tarde, una vez limpio y recogido, el pequeño puesto se cerraba por fin, hasta el lunes. Entonces, yo aprovechaba para echar una siesta marranera antes de comer algo, aunque realmente era la hora de la merienda o de una cena prematura y, después, disfrutar de un regio baño en una tinaja en el patio de nuestra casa, saboreando un pitillo, cerrando los ojos y dejando que mi mente llevara mi cuerpo a una de esas playas que había visto en alguna de las películas de corsarios y piratas que ponían en el cine del pueblo. Sobre todas las cosas había dos que me llamaban la atención de aquellas películas: el contraste del blanco, muy blanco, de la arena con el azul, muy azul —que yo imaginaba porque las películas eran en blanco y negro—, del agua del mar y, también, la elegancia del protagonista; lo bien afeitado que estaba siempre, su peinado casi perfecto y lo impoluto de su cabello aunque llevara encadenado varios días en una mugrienta celda de algún galeón.

Aquella tarde de finales de mayo había quedado con Rafaelillo, un amigo de la infancia que por cosas del destino y de la habilidad de su familia, al saber proteger su patrimonio durante la guerra, gozaba de una más que cómoda

posición económica. No era este el caso de mi familia. Mi padre era un hombre que llevó toda su vida una mezcla de extraordinaria destreza para ver dónde poder trabajar, hacer negocios y ganar mucho, muchísimo, dinero y, simultáneamente, una soberana torpeza en cuestiones de supervivencia política y diplomática. “Trabajadó y mu listo pero un buenaso tontorrón” como decía de él mi madre.

Sí, viví una guerra y la viví de muy niño. Afortunadamente los niños y no tan niños de ahora solo pueden saber de guerras en España por los libros, aunque por desgracia ensombrecen su vida, a veces sin saberlo, al ver en el telediario guerras que creen ajenas y parece que se sitúan lejos pero que en realidad son tan cercanas y desgarradoras como fue nuestra Guerra Civil.

Las guerras siempre son malas pero sin duda las peores son la que enfrentan a hermanos de sangre, hermanos elegidos y vecinos, en las que los muertos de los “enemigos” no se cuentan en número sino que se relacionan con nombres y apellidos, siendo sus rostros tan familiares como los de los “amigos”, y donde el odio y el dolor que dejan para los “suyos” esas muertes suponen un difícil ejercicio de superación como para que el tiempo pueda borrarlo incluso muchos años después del armisticio.

Me da mucha pena ver como hoy hay políticos incautos y demagogos que quieren hacer justicia, por ejemplo, cambiando el nombre de calles y aunque quizás por un lado la hagan, por otro, levantan costras y reblandecen cicatrices en donde los muertos, “amigos” y “enemigos”, cobran vida en el odio de algunos corazones y difuminan de esos corazones el amoroso recuerdo y el homenaje a todos, que da igual que en la contienda hubieran sido “enemigos” o “amigos”. Nunca me han gustado los que imitan a los avestruces, que dicen que esconden la cabeza para no ver el peligro pensando que así desaparece, y aun menos aquellos que miran a otro lado para ignorar lo que no quieren ver, para los que el dicho “ojos que no ven corazón que no siente” es su modo de relacionarse; negar la existencia de lo que no se ve es un error porque esto nunca arregla nada, por eso para mí la Guerra Civil no es una excepción y creo que es mejor mirar de frente y recordar, sí recordar y no olvidar, pero solo el cómo se llegó a ella para nunca repetir esa atrocidad tan terrible y dejar de lamernos esas heridas tan

profundas con el respeto a muertos y vivos, el no juicio y la bondad para, quizás sin darnos cuenta, que incluso las cicatrices desaparezcan borradas con la ilusión de cada instante y no reabriendo simas de dolor en cada recuerdo.

Mi padre, antes de la guerra, fue capaz de montar lo que hoy llamaríamos un imperio empresarial que, aunque no era una empresa muy grande, sí estaba bien estructurada, subida al progreso y funcionando con gran precisión y eficacia, y que se dedicaba a llevar un buen y siempre fresco pescado de la costa malagueña al interior de Andalucía, a las provincias de Córdoba y Jaén principalmente. Frente a la costa del puerto de Fuengirola y las de otros puertos cercanos, los pescadores, entre los que se encontraban parientes de mi padre, hacían sus capturas en pequeños barcos y mi padre se encargaba de llevar en sus camiones la preciada carga desde esos puertos a los distintos puntos de venta, algunos de su propiedad.

El secreto era la rapidez de la flota de camiones al transportar el pescado para que siempre estuviera fresco y, sobre todo, el hecho de que cada camión tuviera una pequeña máquina de hacer hielo conectada al motor del vehículo que, mientras que éste no estuviera parado, no dejaba de producir láminas de agua helada que resbalan sobre una campana, fabricada por mi padre, que dentro del remolque cubría las cajas de pescado. Con ello no solo mantenía su frescura, sino que también impedía que el pescado se aguachinara ya que el agua del hielo derretido no lo llegaba nunca a tocar. Con el tiempo fue perfeccionando el sistema, quizás aquello era algo que se aproximaba mucho a los vehículos con cámara isotérmica de hoy en día.

El pescado era algo evidentemente conocido entre las gentes del interior de Andalucía, pero su consumo era poco frecuente por lo escaso en esas zonas. Sin embargo, a mi padre le gustaba contar la historia de cuando fue por primera vez a un pueblo, del que nunca decía el nombre por razones obvias, y convenció a las autoridades: alcalde, cura, médico... de reunir a todos los paisanos en la plaza del pueblo para anunciar el inicio de la distribución de pescado en el municipio, en concreto, de sardinas. Al parecer, como él contaba, "Cuando ya todo lo vecino estaban en la explaná, desde el balcón del ayuntamiento y acompañaio por toda la jerarquía locá, comensé mi discurso exageando la frescura de la mercansía,

vosiferando en andalú hambriento de letra finale “¡Sardina Viva!”, a lo que la multitud congregá me contestó al unísono “¡Viva!”. La risa socarrona de mi padre interrumpía su relato para no poder continuarlo por los comentarios de sus oyentes, ¡Anda ya Alonso!, que así se llamaba mi padre, ¡vaya trola! Y él, entre sus carcajadas, juraba que era tan cierto como que se llamaba Alonso. Y por su risa contagiosa y lo absurdo de la inconclusa historia todos le acompañábamos en su risotada. Todos sabíamos que era un chiste, y mi padre también sabía que sus espectadores lo sabíamos, pero le encantaba contarlo una y otra vez como si fuera algo inédito y se tratara de una hazaña. Y con ella, él y todos los que le escuchábamos, pasábamos un ratillo muy divertido al verle escenificar con todo detalle, incluso su presencia en aquel balcón imaginario, su fábula épica.

Cuando comenzó la contienda, la jefatura local del bando republicano que tenía el control en el pueblo, le solicitó la mitad de sus camiones para la causa. Mi padre poco podía hacer ante esa petición-exigencia pero, con la misma, además de parte de la flotilla entregó también todo su dinero que nunca supo tener repartido, escondido y bien guardado. El padre de Rafaelillo ante una petición similar de sus bienes supo hablar y esconder para solo dar algo de lo que era evidente y salvaguardó lo mejor de su patrimonio.

Según avanzó la guerra el pueblo fue “liberado” por el bando nacional y, también para su causa, a mi padre le pidieron que les diera “qué menos que lo mismo que entregó al traidor bando expulsado, tanto por complicidad con la bondad de la causa en sí como por ser una muestra de gratitud de haber sido liberados de fauces tan demoniacas”. Mi padre dio todo lo que le quedaba. A mi padre, entre unos y otros, le quitaron todo.

Pero él que tenía como lema “Trabajá hasta morí y comé hasta reventá” se volvió a levantar, pero ya solo con las fuerzas justas para subsistir y con las ilusiones muy tocadas. Puso aquel pequeño puesto de pescado que yo ayudaba a atender los domingos y que se proveía del negocio montado por mi padre, pero ahora propiedad de un ex jefecillo del bando nacional, que en lugar de llevarse las cosas de mi padre para su causa, se las llevó para su casa. Bueno, al fin y al cabo no es tan diferente, solo una letra separaba ambos destinos.

Sobre lo de comer hasta reventar también lo hizo pero, durante muchos años, hasta reventar de hambre.

Yo también llevé por bandera esa reflexión de mi padre durante gran parte de mi vida, quizás más por homenaje y respeto, por ser uno de sus dogmas, que por convencimiento porque cuando el convencimiento me llegó entendí que ambas máximas conllevan un error tan garrafal como grande es el homenaje y respeto que siempre tendré por mi *pare*.